

ESCUELA E INDUSTRIA PARA OCIOSOS

PROMETE EL DESARROLLO NACIONAL

36



• Por Sergio Micco

En el consejo editorial de Mirada FEN se desató el debate. ¿Qué hacer tras el fin del super ciclo del cobre? Hay quienes se atrevieron a escribir, en el número anterior de la revista, de la industrialización del país. Otros propusieron aumentar la productividad y competitividad área por área de la economía. Muchos se entusiasmaron con una economía de servicios de clase mundial. Alguien agregó lo impresionado que estaba con el desarrollo del turismo. En este momento se pronunció la palabra maldita “Ocio”. Digo maldita, pues ésta es una Facultad de Economía y Negocios, no de ocios. Peor aún, al finalizar la reunión, un importante catedrático habló de la industria del ocio. Protesté. ¿Industria del ocio? ¿No es una contradicción en los términos? El ocio es para descansar, no para trabajar.

Por otro lado, hacer del disfrute del tiempo libre otro motivo para acrecentar nuestra fábrica de consumo, no me parece una idea muy genial. Trabajar y endeudarnos para tener unas “buenas” vacaciones no es una noticia alentadora para nuestro agobiado cuerpo, ni para la cultura humanista ni para la madre naturaleza, tan expoliada ya por la industria, la original, la de

chimenea, y por la sociedad del consumo.

Cosas raras: Industria del ocio y escuela de negocios

Una persona industriosa es una persona trabajadora que produce bienes y servicios.

Karl Marx lo llamaría *homo faber*. Su héroe es el burgués capitalista, ése que de la nada levanta empresas y que cruza los mares vendiendo sus productos. Por el contrario, una persona ociosa es quien descansa. Jeremy Bentham cree que la felicidad consiste en gozar y evitar el dolor. Para muchos, el trabajo es sinónimo de sufrimiento. Mal que mal, la palabra viene de tripalium, que era un instrumento de tortura. La figura máxima del ocioso es el hedonista que deambula por los centros comerciales. Es nuestro moderno Epicuro. Así las cosas, hablar de la industria del ocio es cosa compleja. Más aún si la quiere promover una escuela de negocios.

En efecto, la palabra escuela tiene por origen etimológico justamente el ocio. Una escuela es el lugar donde se reúnen

gentes que no tienen necesidad de trabajar, y sí mucho para aprender. Sin el agobio de las necesidades a satisfacer, los estudiantes pueden cultivar y desarrollar las artes, filosofías y ciencias. La escuela es el lugar de los ociosos memoriosos y de los artesanos creativos. El negocio es todo lo contrario. La palabra alude a todos los asuntos, sobre todo privados, que debemos abordar para tener tiempo para el ocio. Neg-ocio es lo que antecede al ocio. Son nuestras ocupaciones lucrativas, quehaceres interesados o trabajos útiles que debemos realizar. ¿Para qué? Para poder vivir y, satisfechas nuestras necesidades vitales, poder tener derecho al ocio. En consecuencia, una escuela de negocios, que se dedique a promover la industria del ocio, para generar renta que sirva a una nueva etapa de desarrollo del país, es tarea que esconde dos contradicciones completas y totales. Fin del asunto.

El ocio bueno y el ocio malo: griegos y romanos

Sigamos con nuestra reflexión del ocio, quietud alejada de toda utilidad. Aristóteles diría que el ocioso es quien toma autónomamente la decisión de realizar algo, que es un fin en sí mismo y que le causa placer. Quien en su tiempo libre comparte con un amigo, escucha música o come con su familia no tiene ninguna intención de producir algo útil; pues esas actividades son valiosas en sí mismas. Es decir, hay almuerzos que sí son gratis. Sea dicho de paso, lo mismo ocurre con la acción política. Cuando dos o más se juntan para debatir acerca de la reforma de la educación superior, realizan algo que es bueno en sí mismo, aunque el Congreso Nacional o el Ministerio de Educación no les vaya a consultar su opinión ni por asomo.

Ahora bien, los griegos eran dados a la teoría. El ocio era el momento de la filosofía, la política y las artes. Les gustaba discutir mucho acerca de si el origen de todo era el agua, la tierra o el viento. Amaban juntarse en el ágora para debatir acerca de qué era la justicia, tarea en la que Sócrates les llevaba amplia delantera. Por cierto, por eso lo mataron. En cambio, los romanos eran gente pragmática. Se entretenían construyendo acueductos, haciendo caminos, edificando baños termales o dictando leyes para tener una buena política y una mejor economía, que para ellos eran ciencias sobre todo prácticas. Por eso, para ellos, el ocio era una mala palabra. Ocioso era el tiempo entre dos batallas, lapso en el cual los soldados romanos se aburrían terriblemente y tendían a realizar toda clase de estropicios en el cuartel y en las tierras conquistadas. San Agustín de Hipona, romano como era, vio en el ocio la madre de todos los vicios. Por eso aconsejaba orar mucho, ejercer cristianamente la caridad y trabajar manualmente un poco. Hoy, el ocio puede ser signo de descanso, quietud, calma, equilibrio y armonía. Aquí estamos con los griegos. Pero hay otras veces que asimilamos el ocio con flojera, improductividad, relajo, desprolijidad o dilación. En este momento, son los romanos quienes nos gobiernan. Aunque no faltó el que se dio cuenta

que las villas de descanso, tan alabadas por Cicerón, y los baños termales de Caracalla, podían ser fuente de pingües negocios. Como dijimos, los romanos eran tipos prácticos.

Ocio antiguo, medieval y moderno

Por cierto, cuando Aristóteles alababa el ocio, sus amigos filósofos y políticos contaban con un ejército de mujeres y de esclavos a su servicio. Señalemos además que era una economía cuyo crecimiento era cercano a cero. Tiempo para el ocio bueno tenían. Lo mismo ocurriría durante la Edad Media. Los señores feudales y los monjes medievales estaban en la cúspide de una pirámide cuya base estaba conformada por los laboriosos campesinos de la gleba. Los señores se dedicaban a las guerras, los monjes a la escritura y ambos grupos a comer y beber bien. Se trataba de una sociedad, eso sí, pobre, y de crecimiento económico nulo. El trabajo era mal visto. Había nada menos que 114 días feriados al año para celebrar toda clase de festividades. ¡¡Hoy es una trifulca la que se produce con cinco días feriados!!

Este mundo del poco trabajar se acaba con la revolución industrial. Con su llegada, no solo aumenta la productividad sino que también la cantidad de horas de trabajo, pues el artesano, el campesino y el obrero temen ser reemplazados por las máquinas.

Todo era trabajo y nada ocio.

Es en estos tiempos que aparece Marx y su *homo faber*. El proletariado nace, forma sindicatos y reclama mejores condiciones de trabajo, salarios más altos y jornadas laborales menores. El avance de la democracia da lentamente derecho a voto a quienes reclaman el respeto de sus derechos sociales. La amenaza comunista y la horrible reacción que fue el fascismo convencen a casi todos, moros y cristianos, de la necesidad de un Estado social. Por otro lado, el avance tecnológico libera aún más tiempo. Las condiciones de salud mejoran ostensiblemente y se dispara la población. Con el aumento de la esperanza de vida, mejores sueldos y superiores condiciones de jubilación, el proceso de liberación del tiempo ocupado se acelera. Hay sociólogos que calculan que si nuestros antepasados trabajaban la mitad de sus vidas, nuestros hijos tendrán que hacerlo sólo 1 de cada 10 días. Otros son más cautos y hablan de una relación de uno a cinco. Ha surgido una enorme clase ociosa. ¿Verdadero o falso? ¿Cielo o infierno? No lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que hay cada vez más tiempo liberado del trabajo. ¿Será libre? ¿Ocio bueno o malo? ¿Qué dirían nuestros filósofos de la antigüedad?

El ocio malo

Para los actuales seguidores de Aristóteles, el ocio debiera ser dedicado al cultivo de la cultura, a la filosofía de la razón y a la política. Hoy ocurre más bien lo contrario. El ocio es una formidable invitación a gozar de la intimidad y de la privacidad.



Por lo pronto, en vacaciones huimos de la polis. La lectura de los diarios es más bien reemplazada por novelas que, normalmente, no son de filosofía ni de política. ¡¡Para qué hablar de la televisión y el cable!! Por último, la cultura del turista no tiende a ser muy elevada. Muchas veces aplica la ética estival que consiste en atreverse a realizar durante las vacaciones todo lo que no podría realizar en su vecindario. Aristóteles llora. También lo hace Epicuro. El padre del hedonismo, caída Atenas y muerta la política de la ciudad estado, nos propuso vivir ociosamente. Para él, se trataba de comer, beber y gozar del amor. Tal vida, así la practicó, no debía requerir más que un pequeño jardín, aceitunas, quesos, vinos, amigos y pareja. En consecuencia, Epicuro no se sentiría identificado con nuestro voraz consumidor que exige un artículo de consumo tras otro, viajes cada vez más lejanos, vinos crecientemente más sofisticados, platos cada vez más exóticos, etc. Marx se enfurecería también. La sociedad capitalista nos presiona implacablemente para que tengamos un consumo conspicuo y unas vacaciones de ensueño. ¿Cómo financiarlos? Trabajando hasta el hartazgo, endeudándose hasta el cuello y angustiándose hasta el insomnio. ¿Tiempo libre o esclavizado? Alienación, diría Carlos Marx. Los ecologistas agregan que no hay planeta que resista tal ejército de ociosos. Por último, paradoja de paradojas, hemos terminado justificando las vacaciones para reponer las energías agotadas durante los meses de trabajo, para... ¡¡Volver a trabajar mejor!! Así, hoy por hoy, el ocio se justifica para el negocio y no el negocio para el ocio.

El ocio bueno

¿Industria del ocio? ¿Escuela para ociosos? Exagerando mucho y vistas así las cosas, más que una contradicción en los términos, podríamos estar ante una nueva pesadilla posmoderna. La agobiadora mercantilización del ocio, enseñada por nuestra trabajólica Facultad de Economía y Negocios, se asemejaría mucho a la antesala del infierno. ¿Cómo salir del atolladero? El

buen liberal nos diría que no seamos paternalistas, y que cada uno haga con su tiempo libre lo que quiera. Si en su ocio no le hace mal a nadie, ¿Cuál es el problema?, diría John Stuart Mill. El buen conservador reclamará que el tiempo libre bien se puede dedicar al trabajo social o al compromiso cívico. De hecho, son muchos los adultos mayores, ociosos de potencial larga temporada, quienes “trabajan” en el voluntariado solidario. San Agustín no podría estar más contento. Otros “viejecillos”, aquí son legión, dedican su tiempo liberado del trabajo “operando” en la política tradicional, que es la que aún manda. Aristóteles aplaude. El ecologista se sentirá a gusto con el muy sustentable turismo aventura que huye de antenas de celulares, televisores, bienes de consumo, carreteras atochadas, etc. El bucólico Epicuro se emociona. El ciudadano culto dirá que un buen concierto de música clásica en Frutillar o un festival de teatro en Santiago son también valiosas posibilidades del ocio regio, el de los reyes de la cultura. Platón se pone de pie y rompe en lágrimas cuando escucha hablar de una universidad de verano. Por cierto, todas estas actividades suponen regimientos de empresarios y empleados, capital y trabajo, infraestructura y servicios, que harán del ocio, industria. Así hemos llegado en donde comenzamos: el ocio puede ser un negocio floreciente. ¡¡Bienvenido sea si del buen ocio se trata!! Aristóteles se alegraría; el filósofo de la felicidad.

SOBRE EL AUTOR



Sergio Micco

Doctor en Filosofía, Universidad de Chile
 Máster en Ciencia Política, Pontificia
 Universidad Católica de Chile
 Abogado, Universidad de Concepción